

La compasión ante las víctimas

Una reflexión filosófica

ALICIA VILLAR EZCURRA *

Cada vez que se produce un atentado terrorista de la magnitud de la que en este último año estamos desgraciadamente presenciando, experimentamos un conjunto de sentimientos intensos: incredulidad, indignación, tristeza.

Todos ellos coexisten en nuestros ánimos. Quizá, entre el entramado complejo de afectos distintos, el sentimiento que mejor resume nuestro estado de ánimo es el de profunda compasión por las víctimas. Para tratar de comprender y explicar estas reacciones que nos sumen en la confusión y en la oscuridad, psiquiatras y psicólogos anticipan las posibles reacciones de aquellos que han vivido de cerca la tragedia y de aquellos que se han dejado afectar por ella.

* Profesora de Filosofía. Universidad Pontificia de Comillas.

¿Qué es lo que se puede decir desde la filosofía? ¿Cuál ha sido la valoración que se ha realizado de este ambiguo sentimiento desde la reflexión? Desde sus orígenes, la filosofía ha querido comprender la significación de los afectos para iluminar su lógica y orientar la conducta humana, incluso en los momentos de mayor oscuridad, cuando la prudencia aconseja un silencio respetuoso, ante los lados oscuros de la existencia.

En estos momentos, quiero recordar algunas reflexiones para colaborar a una comprensión del fenómeno del sufrimiento y la compasión. Los seres humanos nos resistimos al estado de confusión y estamos en continua búsqueda de explicaciones que den razón, o al menos describan, incluso hasta el sinsentido o el absurdo. Esto y no otra cosa ha sido el camino recorrido por la filosofía desde hace más de veinticinco siglos, que surge muchas veces ante el asombro o la perplejidad, la duda o la confusión que se despiertan especialmente en situaciones extremas o límites.

Las experiencias acontecidas en el pasado siglo XX, las terribles tragedias y el horror del Holocausto, hicieron hablar a los filósofos sobre la actitud ante las víctimas, la memoria debida. Pero también los antiguos y los modernos se plantearon la significación de la compasión. Quiero aquí referirme a sus reflexiones, pues la vigencia de los clásicos consiste en que siempre nos hacen pensar.

I. A la hora de valorar el sentimiento de compasión, ya los antiguos reflexionaron sobre la significación de la compasión o la piedad. La definición de Aristóteles de la piedad o la compasión sigue resultando modélica: “es un sentimiento de pena, causada por la vista de algún mal destructivo, que cae sobre quien no lo merece y que podríamos esperar que cayese sobre nosotros o alguno de nuestros amigos y, más aún, que nos pareciese próximo” (*Retórica*). Conviene detenerse en esta definición, pues esta primera caracterización de la compasión da cuenta de la complejidad de este sentimiento y podrá encontrarse en las más distintas tradiciones filosóficas.

Comencemos por advertir que para sentir compasión se requiere que el mal padecido tenga una cierta entidad, que sea en cierto modo “grave”. La conciencia de esta gravedad hace nacer los sentimientos de tristeza y el temor. La tristeza, porque se produce un cierto contagio afectivo al aproximarse al otro, al identificarse con aquel que sufre. Este proceso de identificación explica que también surja el temor. Sentimos que lo que al otro le ha ocurrido, quizá nos habría podido ocurrir a nosotros o a alguno de nuestros seres próximos. En conclusión, “cuanto se teme para uno, es lo que se compadece cuando ocurre a otros” (*Retórica*)

Aclarado el entramado de afectos que habitan en la compasión, se suscita la cuestión de quiénes son los compasivos. ¿Quiénes son las personas especialmente compasivas? ¿Cuándo se está en una situación que convierte en incapaz para la compasión? Comencemos por este último interrogante. Sobre esta cuestión, Aristóteles destaca dos situaciones extremas: la primera, cuando se está completamente sumido en un dolor intenso, pues entonces, al experimentar la desgracia directamente, en nosotros mismos o en algunos de los más allegados, estamos inmersos en el “horror”. Y es que el terror y el horror hunden. No cabe entonces añadir más intensidad al sufrimiento padecido.

Hay también otra situación, bien distinta, que dificulta sentir compasión. Aristóteles opina que “aquellos que están repletos de bienes”, instalados en su propia felicidad o bienestar, diríamos hoy, corren el riesgo de ser menos sensibles al sufrimiento ajeno, que siempre incómoda y cuestiona. La advertencia no puede ser más clara y alerta contra la insensibilidad que puede generar nuestro denominado primer mundo.

Además, no todas las personas son compasivas en el mismo grado y hay quien es más propenso que otro a la compasión. Es aquel que ya ha sufrido algún mal, o el que teme que le ocurra alguna desgracia a sus allegados, a los que siente como cosa propia. Se compadece a los semejantes, a los que se sabe de algún modo cercanos. Esto hace que, en principio, nos afecten menos directamente las desgracias ocurridas hace miles de años, porque no se recuerdan o no se esperan, o las que acontecen en el otro extremo del planeta. La reacción ante las desgracias que acontecen cerca es muy distinta, pues nos afecta de modo inmediato.

Sin duda hay situaciones que despiertan una compasión extrema. Es el caso de las víctimas inocentes de las desgracias, los que están en el horror y el terror, antes referidos. Pues al no tener culpa ni responsabilidad alguna, entonces el sufrimiento se percibe como una afrenta absolutamente inmerecida. Así, recordemos que desde los tiempos más remotos, las víctimas inocentes han sido las protagonistas de las grandes tragedias literarias, cuya intensidad de sufrimiento, por su desmesura, rompe todo sentido de la medida. Ello explica el efecto catártico de las tragedias clásicas que se deriva de la toma de conciencia de la absoluta precariedad humana. No hay ninguna razón que justifique el horror, el sufrimiento del inocente.

II. En la Modernidad, se destacan al menos dos tradiciones que reflexionaron sobre el significado de la piedad o la compasión. Por una parte, los racionalistas que, siguiendo a los estoicos, vieron las sombras de la compasión. Consideran que, como sentimiento de tristeza y temor, expresa debilidad y es un modo de extender gratuitamente el sufrimiento por el mundo. Para Descartes la compasión es una “especie de tristeza, mezclada con amor o buena voluntad, hacia aquellos a quienes vemos sufrir algún mal que no creemos que merezcan”. Bien es cierto que Descartes y Spinoza, al ver también en la compasión una mezcla de buena voluntad, coinciden en recomendar el desarrollo de las tendencias positivas, las que tienden al bien y llevan a actuar por amor y generosidad (amor de benevolencia que quiere el bien para lo que se ama). Ello supone contrarrestar los afectos negativos, la tristeza y el temor, que pueden sumir en la pasividad. Porque piensan que estos sentimientos disminuyen la capacidad de pensar y actuar y pueden llegar a paralizar nuestro comportamiento. Además, los racionalistas advierten que podemos llegar a arrepentirnos si actuamos movidos sin más por una compasión no reflexiva, por la confusión que no ha deliberado racionalmente sobre la orientación de la conducta. Más tarde, Nietzsche también tendrá una lectura particular de la compasión, pues ese contagio afectivo que entristece y es expresión de debilidad, puede llevar a querer liberarse de él por meras razones egoístas y por un temor encubierto. Para Nietzsche, la compasión no es un sentimiento natural y por tanto universal, sino más bien fruto de determinadas culturas.

La perspectiva es bien distinta, por no decir opuesta, en el caso de los moralistas británicos. Estos autores defendieron que los sentimientos naturales eran capaces de orientar la conducta moral y otorgaron a los sentimientos compasivos un papel esencial. Estaban convencidos de la existencia de una doble tendencia natural o instintiva en el ser humano: de un lado, el amor de sí (el egoísmo natural), que mira por los intereses privados o particulares y asegura la supervivencia del individuo. De otro lado, reconocían además la existencia de otra tendencia: la que mira por el bien público o general y contrarresta las tendencias egoístas. Esto es lo que explica la supervivencia de la especie. Efectivamente, si sólo nos guiáramos por el instinto de conservación del individuo, hace mucho tiempo que el género humano hubiera perecido. Y precisamente es el sentimiento de compasión el que nos hace sensibles al sufrimiento ajeno, el que nos hace sentirnos concernidos y no indiferentes ante la desgracia de los demás. De ahí que consideren que es el origen o la raíz emotiva de las actitudes altruistas y la ayuda desinteresada.

En esta misma línea, el ginebrino Rousseau, deudor en este punto de los moralistas británicos, otorgará un papel clave a la piedad, arraigada no sólo en lo emocional, sino también en lo sensible, en lo corporal. Su conocida actitud de defensa de la bondad originaria del corazón humano se apoya precisamente en la experiencia de la compasión. Sentimos auténtica repugnancia física, una sensación corporal de rechazo ante la visión del dolor ajeno. El grado de compasión se intensifica cuanto más nos identificamos con aquel que sufre. “¿Cómo nos dejamos conmover por la compasión? Transportándonos fuera de nosotros mismos, identificándonos con el ser que sufre, pues es en él en quien sufrimos. Quien nada imagina, nada siente”. La compasión, que “atempera” o equilibra el egoísmo, se convierte en el origen o fuente del resto de los sentimientos humanitarios y de las virtudes sociales, pues contrarresta los impulsos egoístas, planteamiento que compartirá Schopenhauer en el siglo XIX. Este último llegará a decir que el hombre que se compadece acepta llevar, no sólo su propia carga existencial, sino también la ajena.

III. ¿Qué nos pueden decir hoy estas reflexiones? Se puede decir que la compasión orienta la conducta moral en un doble nivel. Primero, frena los impulsos de realizar acciones que pudieran causar sufrimiento (función negativa); pero además, orienta a buscar el bien del otro (función positiva). Es importante subrayar que tanto los críticos como los más ardientes defensores de la compasión coinciden en pensar que aquel que contempla impasible e indiferente el sufrimiento, no merece el calificativo de humano. Schopenhauer llegará a decir: “somos superiores a los animales, no porque los dominemos, sino porque somos capaces de apiadarnos de ellos”. Unos y otros, advertirán que sólo son insensibles, incapaces de compasión los malvados o envidiosos que odian a todos los seres humanos, los brutales o incluso aquellos que cegados por su buena fortuna piensan que a ellos nunca nada les puede ocurrir. Malvados y brutales e insensibles adolecen de una misma falta de sentimiento de humanidad.

La compasión me descubre la alteridad y una realidad compleja. En primer lugar, me descentra, me hace experimentar que lo que le ocurre al otro me concierne y afecta. Yo no soy el centro. El “otro” podría ser yo y nada humano puede serme ajeno. Es así una emoción empática (con-padecer) por la que tratamos de ponernos en lugar de otro y es

matriz de la sociabilidad. La compasión supone aceptar que no soy impenetrable, sino frágil y vulnerable, que basta un segundo para que el rumbo de la vida cambie radicalmente. Los otros no son extraños sino compañeros de sufrimiento (R. Rorty). No puede añadirse al dolor de las víctimas, como nuevo agravio, la impenetrabilidad e indiferencia de los demás.

Pero hay un segundo momento. Una vez que me siento al lado de las víctimas, salvada la distancia que me hace ver en el otro a un extraño y no a alguien próximo, la compasión llama a mi responsabilidad e invita a una ética de la alteridad. El rostro del otro hace una llamada (Lévinas). Me hace preguntarme qué puedo hacer, ante una experiencia de sinsentido que pide una respuesta. Esta respuesta quizá sólo pueda ser “estar con el otro”, aceptando el dolor y la frustración que supone una impotencia real. Son muchas las situaciones en las que poco se puede decir y no hay palabras de consuelo. Sólo cabe “estar”, acompañar, escuchar. Pero, al tiempo, se trata de pensar e imaginar las posibilidades para reconstruir el sentido roto y experimentado como una quiebra radical que nos indigna y rebela (A. Camus). De ahí nace la búsqueda de una respuesta reparadora y creadora, ante el absurdo y los lados oscuros de la existencia. Después del acompañamiento, de la solidaridad en el mal, del estar “con”, puede comenzar una ayuda reparadora que despierta aquello mejor que anida en el fondo de cada uno. Esta respuesta es creadora de sentido y es la experiencia que se vive en muchas ocasiones: de la indignación ante los atentados terroristas a una solidaridad constructiva que moviliza a la sociedad civil. Si el bien común es cosa de todos, la desgracia radical también lo es.

La compasión es la virtud de los que se consideran semejantes y se saben poseedores de una misma dignidad, es la respuesta inmediata a toda humillación. No se refiere sólo a los que se considera próximos, sino que es la capacidad para percibir que las diferencias carecen de importancia cuando se las compara con los efectos del dolor y la humillación. El compasivo experimenta que el desdichado existe no como un número en serie, sino como un igual que ha sido golpeado por la desdicha. Bien es verdad, que como tantos sentimientos, es difícil de explicar si no se ha experimentado y es algo irreductible a cualquier otra cosa: “como los sonidos de los que no se puede dar idea a un sordo” (Simone Weil). Así, la compasión otorga un valor al ser humano del que parece desprovisto en las experiencias del sufrimiento. Viene a reclamar el reconocimiento de la dignidad humana, pues en la degradación de un ser humano, mi propia humanidad queda maltrecha y compromete mi responsabilidad.

IV. Para terminar, habría que recordar que la compasión, como emoción, no da solución a los problemas, pero impulsa nuestras decisiones morales. La emoción debe estar acompañada por una visión auténtica de lo que sucede, pero ¿por qué negar la influencia de los afectos? Prescindir de los sentimientos supone negar maneras de ver el mundo que parecen esenciales para comprenderlo con plenitud. La compasión nos lleva a situarnos en el punto de vista de las víctimas, pero no nos condena a la desesperación. Cuando se sabe que se es algo para otros, se evita pensar que se es totalmente superfluo. Además, la comprensión compasiva contribuye al desmantelamiento de los estereotipos en los que se apoya el odio colectivo (Martha Nussbaum).

Quizá la mejor literatura pueda venir ahora en nuestra ayuda para ilustrar la complejidad del sentimiento de compasión:

“Hay dos clases de piedad. Una, la débil y sentimental, no es más que la impaciencia del corazón por librarse lo antes posible de la embarazosa conmoción que padece ante la desgracia ajena, esa compasión no es compasión, es tan sólo apartar instintivamente el dolor ajeno del propio espíritu. La otra, la única que cuenta... sabe lo que quiere y está decidida a resistir, paciente y sufriente, hasta sus últimas fuerzas e incluso más allá” (Stephan Zweig, *Impaciencia del corazón*).